

El domingo de Pascua en Priena

José Erre

El día estaba claro y hermoso; toda la naturaleza parecía celebraba la Resurrección de Jesucristo. Ningún temor tenía que los lobos u otros animales dañinos molestasen mi querido rebaño, por lo que subí a lo alto de Priena con objeto de contemplar, acaso por centésima vez, una de las vistas más hermosas de nuestra provincia. Al llegar al pie de la Cruz que se halla colocada en aquella altura, posé en el suelo mi *zurrón* y oré, después volviendo la vista a Covadonga, saludé a la virgen cantando mi acostumbrada canción.

“La Virgen de Covadonga
es pequeñina y galana”

De pronto un *juju* pronunciado a mi espalda me hizo suspender mi cantar y vi a un caballero como de cincuenta años, bien portado y con el atavío propio de las grandes poblaciones, que después de saludarme dijo: Aquí estaría muchas veces Pelayo. Sacó un cuaderno y principió a escribir o dibujar formando una especie de mapa.

Como le vi mirar con tanto cuidado a todas partes, principié yo a fijarme como no lo había hecho nunca; el paisaje que se divisaba era grandioso. Covadonga con todas sus montañas, el pitido del Tranvía llegado a Re-Pelao, valles, ríos y montes, una multitud de pueblos de los concejos de Onís, Cangas y Parres, todo era admirable.

Como ya era hora de comer abrí mi *zurrón*, saqué un pequeño pero bien repleto *boronchu preñáu* invitando a mi acompañante a que comiese, sacó él algunos fiambres y formamos mesa redonda. Durante nuestra comida me refirió algunos párrafos de la reconquista española. Como observé que tanto enlazaba a Covadonga con Abamia le dije –Abamia ya no es nada– Abamia contestó, siempre fue y será una de las primeras páginas de nuestra restauración. En Abamia vivió y murió Pelayo. Con solo estar dentro de aquella iglesia el sepulcro de Pelayo y su esposa Gaudiosa, es suficiente motivo para ser considerada como una de las primeras joyas de España, y vosotros que os llamáis hijos de Pelayo debéis pedir que vuestro Ayuntamiento coloque una piedra con una inscripción en donde estuvo la casa de nuestro restaurador.

Terminada nuestra comida me brindó para hacer otra en Madrid si yo iba a San Isidro, y dándonos la un apretón de manos nos separamos, él con dirección a la estación de Re-Pelayo y yo en busca de mi rebaño. Él iba alegre, yo triste, pensando en Madrid, pero cuando vi mis animalitos que se alegraban con mi llegada, me puse contento y acariciándolas a todas les dije –¡Que sería de mis ovejas si yo fuera a San Isidro!

José Erre (seudónimo de articulista desconocido), “El domingo de Pascua en Priena” en *El Auseva*, Cangas de Onís, 24 de abril de 1909, año XIX, núm. 943, pp. 1-2. En realidad se trata del número 944, correspondiente al 1º de mayo de 1909, pero la cabecera del periódico salió publicada con error, repitiendo la fecha y numeración del ejemplar antecedente.